

LO que Manuel Machado no sabía cuando escribió su poema decadente ("yo, poeta decadente, español del siglo veinte") es que el alma de nardo y la amistad con el sol no eran cosas árabes, sino andaluzas, es decir, europeas. El árabe no ama el sol, sino que lo esquiva clavando el opaco artificio de su tienda en el desierto; mientras que el andaluz abre, para el sol, la azul ventana horizontal del patio, y los europeos del Centro o del Norte, isleños y continentales, vienen a buscarlo en nuestras tierras, junto al mar, en la Costa Azul, en Mallorca, en el Adriático o en Málaga. Hasta las lejanas migraciones protohistóricas de los pueblos indogermánicos, que dibujaron el mapa étnico y lingüístico de Europa, podrían explicarse como una marcha al Sur y al Oeste, buscando el sol y el mar.

El árabe tampoco tiene la fragancia expansiva y generosa con que los nardos perfuman el ambiente. El árabe es más bien duro, ardiente como las arenas de su patria y, como ellas, aunque sólo posea la arabización superficial de los mahometanos de otras razas, no se disuelve ni se mezcla con la tierra o con el agua. Por el contrario, el destino histórico del europeo, y de modo principal del andaluz, ha sido el de un crisol en que se funden razas, pueblos, ciudades, bajo la norma prevalente del espíritu. En los orígenes étnicos de los ingleses actuales hay unos británicos primitivos y desconocidos, celtas, anglosajones y normandos; la Prusia del siglo XVIII, que suele ser considerada como la quintaesencia del más puro germanismo, es el resultado de la colonización teutónica y la expansión de los germanos hacia el Este ("Drang nach Ost"), para fundirse allí, entre el Oder y el Vístula, con los antiguos prusianos—que eran gente eslaya—, con polabos, lituanos y polacos. La España prehistórica, étnicamente oscura, recibe repetidas oleadas de celtas y colonias fenicias, griegas y romanas: incluso los germanos del siglo V vinieron a nosotros, en muy pocos años, en mayor proporción que después, en la Alta Edad Media, los sirios y los bereberes.

El origen del espejismo africano hay que buscarlo al margen de la historia en la leyenda, en la literatura, en la política; o ver, más bien, en él una explicación simplista, inadecuada y torpe de la creciente diferenciación respecto a Europa que caracteriza el último milenio de la historia española. Ha sido reforzado, en tiempos más recientes, por el hecho de que España, en el siglo XIX, no supo perder—como está sabiendo hacerlo la Inglaterra actual—y sólo en África del Norte, forzado por la defensa de unas ciudades españolas, tuvo nuestro país algo parecido a una política exterior. Después se empezó a acariciar entre nosotros el fantasma de unas reivindicaciones dialécticas y hasta unos pretendidos ensueños imperiales con propósitos y estilo que no son del novecientos.

De estas evidentes realidades—la España de Prim y O'Donnell en el si-

DEL ESPEJISMO AFRICANO A LA PRESENCIA EUROPEA

glo XIX, las campañas de Marruecos en el primer cuarto del XX y la ambición improvisada de posguerra—nació en nuestro país toda una retórica africana que vino a engrosar la corriente literaria extranjera y nacional que ligaba nuestro destino o nuestro origen al continente surmediterráneo.

El espejismo es siempre un fenómeno de conjunciones: una determinada inclinación del sol, cierto brillo sorprendente en las arenas lejanas y la imaginación del viajero excitada por el calor, la sed y las urgencias. El espejismo africano, referido a España, no ha sido una excepción. La realidad, puede, para algunos, ser un desengaño, pero es inexorable y—bien sabida y bien medida—debe dar el tono espiritual de lo que podría llamarse una política para españoles. No se trata de crear una ilusión nueva, que pueda un día desvanecerse, sino de proponernos una meta y de orientar lúcidamente a nuestro pueblo hacia un destino que dé sentido y tono a la historia de hoy.

La realidad aquí nos viene dada por la rectificación de los tres datos erróneos, cuya conjugación determina el espejismo.

La afirmación que ponía en los Pirineos el confin de África está en contradicción, como decía hace poco Gonzalo Fernández de la Mora, con la verdad histórica. Ni étnica ni culturalmente es nuestra Península más africana que Italia o Grecia. Pero los escritores que forjaron esta especie—Kant o Dumas—apuntaron acertadamente a un hecho diferencial que distingue a España de los otros países europeos y lo atribuyeron, con sublimada vaguedad, a fuentes africanas. La atrofia española de Ganivet, Costa o Unamuno era la reacción malhumorada del "más a mi favor" o "peor para ellos" ante los europeos que decían que nosotros no pertenecemos a su gente. El africanismo real y positivo de los exploradores y de los militares fué, en las horas mortecinas de la decadencia nacional, la única muestra de capacidad creadora y espíritu de aventura del pueblo español; o bien la reacción brava y generosa de

un patriotismo de soldados. La retórica del cuarenta era una fiebre de entusiasmo adolescente, residual de la victoria, y previa a la toma de contacto con las realidades económicas, sociales y políticas del mundo que iba a surgir de la segunda guerra mundial.

El hecho diferencial de España es histórico. Tiene sus orígenes en la Edad Media, cuando la Reconquista nos mantiene al margen del feudalismo, de las Cruzadas y del primer Renacimiento. Prosigue con la unidad religiosa, resguardada por la Contrarreforma, los Felipes y la acción misional americana, mientras la conciencia europea se desgarraba con el protestantismo y las guerras religiosas. Se continúa con nuestra ausencia de la revolución industrial de la Europa transpirenaica, cuyo auge coincidió cronológicamente con la emancipación americana, las luchas ideológicas y las guerras interiores que llenan nuestro siglo XIX. Y tiene su manifestación política en el largo régimen de transición—la Monarquía militar en frase de Maeztu—que se abre a fines del XVIII, cuando termina la Monarquía católica, para cerrarse sólo el día en que España llegue otra vez, tener, con plenitud, voz y voto en los asuntos de que se ocupan nuestros compañeros de la mitad occidental del Continente.

Todo esto quiere decir que con el espejismo africano sólo puede acabar la presencia de nuestra patria en la vida europea. El error histórico de nuestro africanismo cultural o étnico será rectificado por los hombres sabios. La reacción legítima, o por lo menos natural, de protesta por la incompreensión aiena, será superada el día en que pensemos que si hay gente que no nos entiende, es porque somos una realidad compleja y, también, porque nosotros no hemos sido pródigos en dar facilidades.

Y la presencia europea será lograda cuando nuestras clases directivas—los profesores, los técnicos, los industriales, los economistas, los políticos, los dirigentes naturales del mundo del trabajo—se convenzan de que nuestra personalidad nacional nada pierde con la apertura de ventanas, y con la inyección de las virtudes de seriedad, trabajo, austeridad y disciplina, que explican la prosperidad económica y social de Europa y el progreso técnico—en la paz—de los otros pueblos de nuestro continente.

Al fin y a la postre, como el esfuerzo siempre paga, acabaremos recibiendo, en premio, una misión en África. Será la misión colectiva de poner en rendimiento los recursos inéditos del vasto continente y de elevar a la cultura y al espíritu a los pueblos nuevos. No será una colonización al estilo del siglo XIX, sino una colaboración de nativos y extranjeros. Recibirá los nombres nuevos de fomento y desarrollo. Nuestra participación en el esfuerzo, y en el dolor, de Europa será para ésta un complemento, y para nosotros algo así como una misión histórica.